Lección 13
24 de Diciembre de 2011

El evangelio y la iglesia

Gilberto G. Theiss

El actual sistema, del cual todos formamos parte, nos enseña a ser egoístas y centrados en nosotros mismos. El capitalismo desenfrenado y la lucha por la sobrevivencia en desmedro de las necesidades de los menos afortunados ha sido un imperativo en las conquistas y las victorias antes que otro llegue. La vida en el sistema actual es cruel y parece seguir los postulados de la teoría darwiniana de la selección natural, donde sobrevive únicamente aquél que es más fuerte y más astuto. Se educa a las personas a no tener compasión de los más débiles y mostrar amor únicamente cuando esto, de algún modo, los pueda beneficiar.

Pues bien, es en ese contexto en que está la iglesia, intentando sobrevivir. Desde niños fuimos moldeados a actuar sólo por nosotros mismos y a vivir centrados en la satisfacción de los deseos personales. Lo único emotivo en esto es que somos moldeados a sentir pena por los demás. Somos capaces de ayudar a alguien cuando, de algún modo, somos estimulados a ello. Somos capaces de sacrificarnos por alguien cuando, de alguna manera, también somos beneficiados por ello. Somos capaces de amar sólo cuando, primero, somos amados. Somos capaces de extender el perdón cuando, de alguna manera, nosotros también somos favorecidos por él. Fuera de esta realidad, cada uno intenta vivir en su propia isla, concentrado únicamente en sus propios ideales.

Todo en nuestra vida actual se basa en el lucro. Ganancia en lo financiero, en el placer, lucro emocional, lucro… lucro… lucro… dondequiera el lucro es la meta y la ambición el motor. El empleo, los estudios, la familia, el matrimonio, todo se ha convertido en un gran negocio. Si se nos ofrece alguna especie de ganancia material o inmaterial, emocional o racional, concreta o abstracta para satisfacer las ambiciones y los deseos egoístas, o nos involucramos en ello o quedamos afuera. Todo esto se da en una forma muy velada, pues en la mayoría de los casos ni siquiera nos damos cuenta de la situación. Lo que llamamos amor, emoción, pasión, compasión, misericordia, sentimiento, o cualquier cosa por el estilo, en el sistema en el que vivimos, están listos para llevarnos en la dirección de la satisfacción de nuestros deseos egoístas. Tal vez esa falsa compasión haya estado incluida en la declaración de Jeremías: "Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso, ¿quién lo conocerá?".

No obstante, Dios anhela contrariar este influjo natural y hacer de nosotros canales de bendiciones para nuestra vida y la de las personas que nos rodean. Sólo quien conoce a Dios puede amar verdaderamente, a punto tal de vivir una vida volcada hacia los demás. "Nadie tiene mayor amor que éste, que uno dé su vida por sus amigos" (Juan 15:13). Pero para lograrlo, hace falta que nos pongamos bajo la poderosa influencia del Espíritu Santo. Sólo una vida que ha sido genuinamente transformada por el Espíritu será capaz

de vivir los inquebrantables principios del carácter de Dios. Ese es el poder del evangelio.

Lectura adicional

“Si Cristo es en nosotros "la esperanza de gloria", no nos sentiremos inclinados a observar a los demás para revelar sus errores. En vez de procurar acusarlos y condenarlos, nuestro objeto será ayudarlos, beneficiarlos y salvarlos. Al tratar con los que están en error, observaremos el mandato: "Considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado". Nos acordaremos de las muchas veces que erramos y de cuán difícil era hallar el camino recto después de haberlo abandonado. No empujaremos a nuestro hermano a una oscuridad más densa, sino que con el corazón lleno de compasión le mostraremos el peligro”.

“El que mire a menudo la cruz del Calvario, acordándose de que sus pecados llevaron al Salvador allí, no tratará de determinar el grado de culpabilidad en comparación con el de los demás. No se constituirá en juez para acusar a otros. No puede haber espíritu de crítica ni de exaltación en los que andan a la sombra de la cruz del Calvario”.

Mientras no nos sintamos en condiciones de sacrificar nuestro orgullo, y aun de dar la vida para salvar a un hermano desviado, no habremos echado la viga de nuestro propio ojo ni estaremos preparados para ayudar a nuestro hermano. Pero cuando lo hayamos hecho, podremos acercamos a él y conmover su corazón. La censura y el oprobio no rescataron jamás a nadie de una posición errónea; pero ahuyentaron de Cristo a muchos y los indujeron a cerrar sus corazones para no dejarse convencer. Un espíritu bondadoso y un trato benigno y persuasivo pueden salvar a los perdidos y cubrir multitud de pecados. La revelación de Cristo en nuestro propio carácter tendrá un poder transformador sobre aquellos con quienes nos relacionemos” (*El discurso maestro de Jesucristo,* p. 109).

Restaurar a los caídos

Gálatas 6:1; Mateo 18:15-17

Hay en la iglesia dos clases de pecadores. Aquellos que erran, pero que sin embargo reconocen su error y ante Dios se afligen por su pecado, buscando el perdón y fuerzas para recuperarse. Está la otra clase de pecadores y que son los que se equivocan, pero lo hacen con el mentón en alto, como si no estuvieran cometiendo ningún pecado. Además de quebrantar el mandamiento divino con la cabeza en algo, encima arrastran a otros consigo en la transgresión. El primer ejemplo de pecados es que necesita del amparo, la compasión y el amor de otros. Este, como cualquier otro menesteroso, necesita ser tratado con afecto para ser restaurado. Un día Dios le preguntó a Caín dónde estaba su hermano. Caín –a su vez– le preguntó si, por ventura, él era el guardador de su hermano. Pues bien, la misma pregunta es la que Dios nos hace hoy y la respuesta clara es que, en verdad, todos somos guardadores de nuestros hermanos. Desgraciadamente, los cristianos –de manera general–han fracasado en esta cuestión. En vez de amparar y ofrecer cuidados especiales a los que yerra, generalmente son los primeros en acusar y desamparar. Los sufrientes que erran, pero que están deseando la victoria, reciben de Dios la más tierna compasión. Del mismo modo, todos nosotros debemos entender que hoy puede ser el hermano que erró, pero mañana podría ser cualquiera, incluso nosotros. La pregunta que entonces surge es: “Si cometemos una falta grave delante de Dios

y de los hombres, ¿de qué manera nos gustaría que fuéramos tratados?". Dios desea que vivamos en el amor y en el cuidado unos por los otros. No tenemos el derecho de castigar a las personas cuando en verdad ellos carecen de fuerzas para superar sus errores. En esto consiste el evangelio práctico.

En cuanto al segundo caso de pecador, aquél que no acepta su error, y mucho menos querrá amparo, debe ser advertido, y deberán tomarse todos los recaudos para que no arrastre a otras personas en su estilo de vida inconsecuente. Pero, aún así, el amor y el amparo serán demasiados.

Lectura adicional

"Escribe el apóstol: 'Ante todo, tened entre vosotros ferviente amor' (1 Pedro 4:8). No escuchéis las acusaciones contra un hermano o una hermana. Sed muy prudentes al recibir una censura contra vuestro prójimo. Preguntad al que hace la acusación si ha obedecido la orden de Dios en cuanto a este asunto. Cristo ha dejado instrucciones explícitas de cómo debe hacerse. Ve a tu hermano y dile su yerro, entre él y tú solos, No os excuséis a vosotros mismos con esto, diciendo: 'No hay agravio personal entre el que es acusado y yo mismo'. Las reglas dadas por Cristo son tan definidas y explícitas que esta excusa no es válida".

"Sea que haya o no agravio entre vosotros y el acusado, el mandato de Cristo es el mismo. Vuestro hermano necesita ayuda. Decidle a él, no a ningún otro, los rumores que están circulando en cuanto a él. Dadle la oportunidad de explicarse. Es posible que los informes sean falsos, y en ese caso las dificultades pueden arreglarse por medio de una simple explicación. Este trato debe darse a todo el que se supone que está en error".

"Pablo dijo: 'Si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado' (Gálatas 6: 1). Estas palabras son el mandato del cielo, y deben ser llevadas a la práctica diaria. Si uno está en falta, en lugar de hablar a algún otro de ello, id a quien pensáis que está en error y compasiva y consideradamente, como desearíais ser tratados si estuvierais en su lugar, habladle de su error. Si no se le habla de su falta sino que en lugar de eso se hacen conjeturas entre otros y no se hace ningún esfuerzo para salvar al pecador advirtiéndole de su peligro ¿cómo considerará Dios a quienes hagan esta obra inhumana?"

Dios declara: 'No hay justo, ni aún uno' (Romanos 3:10). Todos tienen la misma naturaleza pecaminosa. Todos pueden cometer errores. Nadie es perfecto... Por eso nuestra obra no consiste en condenar" (Manuscrito 31, 1911; citado en *En lugares celestiales*, p. 292).

Cuidado con la tentación

2 Samuel 12:7; 1 Corintios 10:12; Mateo 26:34

Las palabras de Pablo son duras para los que creen en la gracia barata, que es la que los lleva directamente a las conductas inconsecuentes. Aunque no podamos vencer al pecado, podemos –por el poder de Dios– apartarnos de él. No podemos vencer al pecado pues, cualquiera que decida enfrentarlo con sus fuerzas, con certeza saldrá derrota-

do. Así sucedió con Eva y luego con David. El pecado es más poderoso que nosotros y Dios no se propuso protegernos si decidimos transitar el terreno donde se encuentran sus encantos. La expresión de Pablo "cuidando de que tú también no seas tentado" debe ser tenida muy en cuenta. "Cuidando" hace referencia a estar atento, velar, protegerse, apartarse del peligro. Cualquiera que no siga este sabio consejo, fatalmente se enredará y será arrastrado por el pecado. La tentación es hipnótica, y si no nos apartamos de la posibilidad de ser tentados, seremos arrastrados por su poder seductor. El pecado está por todas partes y, por este motivo, debemos cuidar bien los pasos que damos y los lugares que pisamos, pues todo ha sido minado por Satanás. La sensación de fragilidad, en esta instancia, puede ser beneficiosa, pues el sentimiento de orgullo y la sensación de que somos incapaces de pecar puede fácilmente ponernos muchas veces en serios peligros. Imagina el exceso de confianza en el que podría incurrir un conductor que maneja un automóvil por la ruta. Debe tener en cuenta que la misma alta velocidad que lo atrae, es la velocidad que mata. Utilizando este ejemplo, el exceso de confianza en nosotros mismos, inevitablemente nos pondrá, muchas veces, en situaciones embarazosas y llenas de peligros. Esa fue la ruina de Eva. Aunque era perfecta, su exceso de confianza no impidió que se acercara fatalmente al peligro.

Lectura adicional

"Ante los creyentes se presenta la maravillosa posibilidad de llegar a ser semejantes a Cristo, obedientes a todos los principios de la ley de Dios. Pero por sí mismo el hombre es absolutamente incapaz de alcanzar esas condiciones. La santidad, que según la Palabra de Dios debe poseer antes de poder ser salvo, es el resultado del trabajo de la gracia divina sobre el que se somete en obediencia a la disciplina y a las influencias refrenadoras del Espíritu de verdad. La obediencia del hombre puede ser hecha perfecta únicamente por el incienso de la justicia de Cristo, que llena con fragancia divina cada acto de acatamiento. La parte que le toca a cada cristiano es perseverar en la lucha por vencer cada falta. Constantemente debe orar al Salvador para que sane las dolencias de su alma enferma por el pecado. El hombre no tiene la sabiduría y la fuerza para vencer; ellas vienen del Señor, y él las confiere a los que en humillación y contrición buscan su ayuda".

"La obra de transformación de la impiedad a la santidad es continua. Día tras día Dios obra la santificación del hombre, y éste debe cooperar con él, haciendo esfuerzos perseverantes a fin de cultivar hábitos correctos. Debe añadir gracia sobre gracia; y mientras el hombre trabaja según el plan de adición, Dios obra para él según el plan de multiplicación, Nuestro Salvador está siempre listo para oír y contestar la oración de un corazón contrito, y multiplica para los fieles su gracia y paz".

"Gozosamente derrama sobre ellos las bendiciones que necesitan en sus luchas contra los males que los acosan".

"Hay quienes intentan ascender la escalera del progreso cristiano, pero a medida que avanzan, comienzan a poner su confianza en el poder del hombre, y pronto pierden de vista a Jesús, el autor y consumador de su fe. El resultado es el fracaso, la pérdida de todo lo que se había ganado. Ciertamente es triste la condición de los que habiéndose cansado en el camino, permiten al enemigo de las almas que les arrebate las virtudes cristianas que habían desarrollado en sus corazones y en sus vidas. 'Mas el que no tiene estas cosas –declara el apóstol–, es ciego, y tiene la vista muy corta, habiendo olvi-

dado la purificación de sus antiguos pecados' (2 Pedro 1:9)" (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 424, 425).

Sobrellevar las cargas

Gálatas 6:25; Romanos 15:1; Mateo 7:12

Algunos estudios revelan que todos, para lograr vivir bien, necesitamos por lo menos de tres amigos íntimos. En el contexto de la amistad profunda y verdadera, las investigaciones demuestran que el amparo, el cuidado y el anhelo de bienestar de unos por los otros en ese círculo es lo que puede proporcionar consuelo y descanso. Aún así, Dios desea que todos seamos amigos unos de los otros en el más pleno sentido de la palabra. Sobrellevar las cargas en la expresión de Pablo va más allá de la mera amistad y nos condiciona a ofrecer alivio a las personas que nos rodean, sin restricción alguna. Llevar las cargas es hacer por el otro aquello que justamente desearíamos que hicieran por nosotros en momentos de infortunio, desesperación y problemas. Todos los que profesan ser seguidores de Cristo deberían poseer, por la obra del Espíritu de Dios, el de de esta dádiva de relación y el interés por el éxito y la felicidad de los demás. La comunidad cristiana debe estar permeada de brazos que acogen y de amor que signifique beneficio para los demás en desmedro de nuestra propia satisfacción y comodidad. Bajo este aspecto, el pretendido por Pablo, todos nosotros carecemos de ayuda y fuerza. Ya sea en sentido espiritual, moral o material, todos necesitamos salir de nuestra isla. Aunque tengamos, en algunas oportunidades, facilidades para lograr salir de nuestra isla para ayudar a alguien más, tenemos dificultades para aceptar que alguien penetre en nuestra propia isla para ayudarnos. El orgullo es traicionero y nos priva de los dones más bendecidos que podríamos recibir. Tal vez este sea el motivo de la necesidad de –a veces– ser humillados, ya sea por el pecado –para mostrar que somos frágiles–; ya sea para mostrar que no somos mejores que los demás; o incluso hasta por la consecuencia de nuestra propia soberbia para mostrar que el camino de la humildad es siempre el mejor. Queriéndolo o no, todos dependemos unos de otros. Aceptándolo o no, todos estamos relacionados los unos con los otros, tal como una criatura depende del vientre de su madre.

Lectura adicional

"Todo descuido de los necesitados y afligidos es un descuido del deber hacia Cristo en la persona de sus santos. Cuando Dios repase el caso de cada uno, no se formulará la pregunta: ¿Qué creían? sino: ¿Qué han hecho? ¿Han sido obradores de la palabra? ¿Han vivido para sí mismos? ¿O bien realizaron obras de benevolencia, de bondad y amor, prefiriendo a los otros antes que a sí mismos, y negándose a sí mismos para ayudar a los demás? Si las anotaciones muestran que ésta ha sido su vida, que sus caracteres están señalados por la ternura, la abnegación y la benevolencia, recibirán esta bendición de Cristo: 'Bien hecho'. 'Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo' (Mateo 25:23,34)..."

"Nuestra fortaleza y bendición espirituales estarán en proporción con el trabajo hecho con amor y con las buenas obras realizadas. El apóstol ordena: 'Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo' (Gálatas 6:2). El cumplimiento de los mandamientos de Dios requiere de nosotros buenas obras, abnegación, sacrificio y dedicación al bienestar de los demás; pero esto no significa que solamente nuestras buenas obras nos salvarán, sino que ciertamente no podremos salvamos sin buenas obras. Después de hacer todo lo que somos capaces de hacer, debemos decir: Únicamente

hemos cumplido nuestro deber, y en el mejor de los casos somos siervos inútiles, indignos del favor más pequeño de Dios. Cristo debe ser nuestra justicia, y la corona de nuestro gozo...”

“La simpatía y el tierno interés por otros proporcionarán a nuestra alma bendiciones que no hemos experimentado, y nos pondrán en estrecha relación con nuestro Redentor” (*A fin de conocerle,* p. 336).

La Ley de Cristo

Gálatas 6:2-5: 5:14; Juan 13:34; Mateo 22:34-40

En innumerables ocasiones fui abordado por evangélicos que pretendían hacer de la Ley de Cristo la norma que sustituyera a la Ley de los Diez Mandamientos. Según la comprensión actual, la Ley fue abolida cuando Cristo exhaló su último aliento en la cruz, cumpliéndola, en el sentido de culminarla o darle fin, y así insertando en su lugar, la Ley de Cristo como una especie de norma “general”. Sin embargo, el contexto es explícito, de modo tal que no favorece esta clase de interpretación. Pablo fue enfático en combatir el legalismo, el cual permeaba la mentalidad de algunos cristianos judaizantes. Pero el problema no estaba en la Ley, sino en las interpretaciones erradas de los hombres. La Ley de Dios, según el punto de vista del propio Pablo, es “santa, justa y buena” (Romanos 7:12); y que él mismo sentía placer en cumplir esa Ley (Romanos 7:22). El cumplimiento de la Ley no podía ser el camino a la salvación, sino para cumplir la excelencia del amor (Romanos 13:10).

La Ley de Cristo no puede ser otra cosa que la esencia del cumplimiento de los deberes cristianos. El amor, la compasión, la misericordia y el sacrificio por el prójimo son, en el más pleno sentido de la palabra, la norma más elevada a favor del poder del evangelio. Como bien expresó Juan: “El que dice que está en Él, debe andar como Él anduvo” (1 Juan 2:6). Otra referencia importante y que concuerda con las palabras de Pablo son las de Juan 15:13: “Nadie tiene mayor amor que éste, que da su vida por sus amigos”. La Ley de Cristo debe ser la norma en la que todos depositemos la esencia de nuestra obediencia a Dios. No por meras palabras, o porque así debe ser; sino por formar parte de nosotros, siendo que hemos sido trasformados por la presencia del poder de Dios en nuestra vida.

Lectura adicional

“Los que ocupan cargos de responsabilidad, deben disponer de autoridad para poder actuar, pero nunca deben usarla para negar ayuda a los necesitados y desamparados. Nunca se la debe ejercer para desanimar y deprimir a un alma que lucha. Los que ocupan puestos de influencia recuerden siempre que Dios desea que tengan la actitud de Cristo quien, tanto por creación como por redención, es el dueño de todos los hombres...”

La verdadera piedad se mide por el trabajo realizado. La profesión de fe no vale nada; el cargo que se ocupa, tampoco. Un carácter semejante al de Cristo es la evidencia que debemos dar de que Dios envió a su Hijo al mundo. Los que profesan ser cristianos, pero no actúan como Cristo lo haría en su lugar, perjudican grandemente la causa de Dios. Representan mal a su Salvador y están en una posición falsa”.

“El verdadero discípulo, en cuyo corazón Cristo habita, manifiesta ante el mundo el amor de Jesús por la humanidad. Es la mano ayudadora de Dios. El resplandor de la salud espiritual vivifica todo su ser a medida que recibe gracia del Salvador para proporcionarla a los demás...”

“La religión pura e incontaminada no es un sentimiento, sino obras de amor y misericordia. Esta religión es necesaria para la salud y la felicidad. Entra en el templo contaminado del alma, y con un azote expulsa al pecaminoso usurpador. Al tomar posesión del trono, lo santifica todo con su presencia, e ilumina el corazón con los resplandecientes rayos del Sol de Justicia. Abre las ventanas del alma hacia el cielo, para permitir que penetren los rayos del amor de Dios. Esto trae serenidad y tranquilidad. Aumenta la fuerza física, mental y moral, porque la atmósfera del cielo, como un medio viviente y activo, llena el alma. Cristo, la esperanza de gloria se forma en el corazón...”

Cuando los cristianos no revelan a Cristo, ¿cuánto valen? ¿No son como la sal insípida que "no sirve para nada"? Pero cuando manifiestan en sus vidas las propiedades salvadores de la verdad, las pobres almas pecadoras no quedan abandonadas para perecer en su corrupción...” (Carta 7, del 17 de enero de 1901, dirigida a los hermanos que ocupan puestos de confianza; citada en *Cada día con Dios*, p. 25).

Sembrar y cosechar

Gálatas 6:6-10; Hechos 5:1-5; Lucas 22:3; Daniel 1:8; Mateo 4:1

La ley de la causa-efecto es universal, y sintetiza muy bien los resultados de todas las elecciones y actos que hacemos. Queriéndolo o no, aceptándolo o no, estando preparados para ello o no, las elecciones, decisiones y actos que sembramos se evidenciarán en su correspondiente cosecha. Para bien, o para mal, vendrán. Vale la pena repetir las palabras de James. D. G. Dunn: “No somos libres para elegir las consecuencias de nuestra elección” (James D. G. Dunn; *Galatians*, p. 330). La pregunta que surge en esta sentencia frustrante es: “¿Qué clase de elecciones hemos hecho rutinariamente?”. El mundo está lleno de desgracias causadas por decisiones y conductas inconsecuentes de parte de los seres humanos. Los hombres son, con frecuencia, abatidos por sus malas acciones y sufrimiento, a lo que se suma la muerte prematura, como secuelas de lo que se ha sembrado. No obstante, no es por falta de conocimiento que los hombres son destruidos por lo que siembran, pues conocimiento hay, y en abundancia. Es el descuido o la negligencia lo que hace a los hombres susceptibles a la desolación y la angustia. Por otra parte, muchos poseen el conocimiento necesario para vivir, pero no poseen autoridad moral o dominio propio para sembrar aquello que traerá buenas cosechas en la vida. Elena G. de White observa que “El Espíritu de Dios mantiene el mal bajo el dominio de la conciencia. Cuando el hombre se ensalza por encima de la influencia del Espíritu, recoge una cosecha de iniquidad. Sobre un hombre tal el Espíritu tiene una influencia cada vez menor para restringirlo de sembrar semillas de desobediencia. Las advertencias tienen cada vez menos poder sobre él. Gradualmente pierde su temor de Dios. Siembra para la carne, y cosechará corrupción. Está madurando la cosecha de la semilla que él mismo ha sembrado. Desprecia los santos mandamientos de Dios. Su corazón de carne se convierte en un corazón de piedra. La resistencia a la verdad lo confirma en la iniquidad. Como los hombres sembraron semillas de maldad, la impiedad, el crimen y la violencia prevalecían en el mundo antediluviano” (“Comentarios de Elena G. de White”, *Comentario bíblico adventista*, tomo 6, p. 1112).

Lecturas adicionales

“La conciencia es la voz de Dios, la cual se escucha en medio de las pasiones humanas; cuando se resiste, se contrista al Espíritu de Dios” (*Testimonios para la iglesia*, tomo 5, p. 112).

“Los hombres tienen el poder de apagar el Espíritu de Dios; se les deja la facultad de elegir. Se les da libertad de acción. Pueden ser obedientes por el nombre y la gracia de nuestro Redentor, o desobedientes, y sentir las consecuencias” (*Obreros evangélicos*, p. 183).

“El pecado de la blasfemia contra el Espíritu Santo no radica en cualquier palabra o hecho súbito, sino en la firme y determinada resistencia contra la verdad y la evidencia” (Manuscrito 30, 1890; citado en “Comentarios de Elena G. de White”, *Comentario bíblico adventista*, tomo 5, p. 1068).

“No es que Dios expida un decreto declarando que el hombre no se salvará; no envía una oscuridad impenetrable para la vista; pero el hombre resiste una sugerencia del Espíritu de Dios y ya habiendo resistido una vez, es menos difícil hacerlo la segunda, la tercera y menos aún la cuarta. Luego viene la cosecha producida por la semilla de incredulidad y resistencia. Oh, ¡qué cosecha más grande de indulgencia pecaminosa está siendo preparada para la hoz!” […]

“Por el contrario, todo rayo de luz atesorado producirá una cosecha de luz. El resistir la tentación una vez dará poder para hacerle frente con mayor firmeza la segunda; cada nueva victoria que se obtenga sobre el yo suavizará el camino para triunfos más elevados y nobles. Cada victoria es una semilla que se siembra para vida eterna” (*Testimonios para la iglesia*, tomo 5, p. 113).

“Dios no destruye a nadie. El pecador se destruye a sí mismo por su propia impenitencia” (*Testimonies for the Church*, tomo 5, p. 120; citado en *La fe por la cual vivo*, p. 60).

“Nadie necesita considerar el pecado contra el Espíritu Santo como un asunto misterioso e indefinible. Es el continuo rechazo de las invitaciones de arrepentimiento” (*Recibiréis poder*, p. 37).

“No hay modo de escapar de su poder [del pecado], ni esperanza de una vida más elevada, sino mediante la sumisión del alma a Cristo” (*El camino a Cristo*, p. 30).

Gilberto G. Theiss
Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática